

#### **4. La llamada a la santidad.**

**4.1. Santidad e identificación con Jesucristo.** Recuerdo a un chico de 11 años que me dijo: "¿Qué tengo que ver yo con alguien como Jesús, que vivió hace tanto tiempo?" "¿Por qué pensar tanto en su vida y su muerte?" Quizá nos han engañado al mostrarnos un Jesús externo, que se cuelga en un poster como alguien digno de ser imitado, que supo amar, un revolucionario, el hijo de Dios que vino a la tierra... .Cuentan de alguien que se convirtió a la fe y fue a una librería a pedir una vida de Jesús, y le mostraron el famoso libro de Kempis: "aquí tenemos 'La imitación de Cristo'"; y él contestó: "no quiero una imitación de Cristo, quiero 'el auténtico'". Las palabras cambian con el tiempo, y la palabra "imitación" ahora puede tener un sentido más pobre que antes, sin interioridad. De todas formas, la vida cristiana no un mero imitar un modelo externo aunque sea el de alguien como Jesús, ni hacer lo que está escrito en un libro, o lo que predica la Iglesia -por supuesto que es el seguimiento de Jesús y la imitación de su doctrina-, es mucho más: en el Bautismo se nos comunica una vida nueva, que nos hace "partícipes de la vida divina, de su naturaleza" (2 Pedro 1, 4).

La santidad es la perfección de la filiación divina, decía san Josemaría Escrivá. Y sólo se puede ser hijo de Dios en Cristo, imitando su vida de un modo íntimo, "conformándose" a él. La palabra griega que traducimos por "conformar", dice Auer, tiene dos sentidos: de una parte, "meterse en la piel" de otro como hacían los del teatro poniéndose la piel de los animales que representaban, y el otro es "sumergirse" como el que se hunde en el agua, en el bautismo, o como dicen los místicos refiriéndose a Jesús: "tú has de perderte en Él". Así de fuerte es la expresión "conformar": "hacerse a la forma", participar de su vida, de sus sentimientos. Es decir, el hijo de Dios se siente motivado, en la medida posible a una criatura, a revivir la vida de Jesús y prolongarla en la propia, porque la gracia que El nos ganó es participación de la que inhabita en su alma: tened en vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (Phil 2, 5).

Esta conformación se realiza por la gracia y en esa práctica de las virtudes teologales y de los dones del Espíritu Santo, en una docilidad que es dejarse llevar por el Espíritu de Dios (cf. Rom 8, 14), como explicaba Ramón García de Haro: "nuestra divinización es una progresiva participación en la plena, única e irreplicable divinización de su naturaleza humana. Por eso, nuestra fe y nuestra esperanza, por las que ya ahora participamos del amor de Cristo, son una incoación de la visión de que gozaremos en la bienaventuranza eterna, donde la caridad será -en cada uno a su medida- perfecta. La fe crece como experiencia siempre más cierta -y dentro de la oscuridad que le es propia, más próxima a la visión- de que el Padre nos ama y la esperanza progresa como confianza -cada vez más segura- de que la unión que en esta vida temporal poseemos por una caridad imperfecta se hará perfecta y eterna en la bienaventuranza, donde la visión hará pleno el amor. Esa creciente y vivida unión de caridad con Dios, sustentadas en el progreso de la fe y la esperanza -es decir, en la convicción siempre más vital y operativa de que el amor que nos anima es el mismo amor de Cristo, derramado en nosotros por el Espíritu Santo-, tejen el avance en la identificación con Cristo». Así nos lo desea San Pablo: "el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, os conceda ser fortalecidos en el hombre interior mediante su Espíritu, que Cristo habite en vuestros corazones por la fe, para que, arraigados y fundamentados en la caridad, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad; y conocer en suma el amor de Cristo, que excede todo conocimiento, para que seáis colmados de la plenitud de Dios" (Eph 3, 14-19) .

La vida eterna consistirá en gozar de modo pleno del amor que ya gozamos en parte, pero sin veleidades ni distracciones y con perfección: sabremos, con todos los santos, lo que es y lo que vale el Amor. Toda la vida cristiana se resume aquí: "nosotros

hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él" (1 Ioh 4 , 16 ), decía san Juan al término de su existencia terrena. La santidad que es la ley del cristiano supone un conocimiento de Dios y Amor, constituido no de una dimensión teórica sino de una viva experiencia, en la identificación con Cristo.

En esta identificación de la que hablamos, Cristo es no sólo causa meritoria sino también eficiente de esta santificación, y su Humanidad Santísima es instrumento - inseparablemente unido a la divinidad- que la causa en su Iglesia, es decir toda la gracia nos viene -a cualquier hombre- por la Humanidad de Jesús. S. Tomás ve a Cristo como Cabeza del cuerpo total, al considerar en El las propiedades que le competen a la cabeza con respecto al cuerpo, y que competen a Jesús con respecto a sus miembros, como Dios: exceder en dignidad y perfección a los demás, dirigirlos y ser principio de movimiento de todos ellos. Pero también hay una propiedad que le conviene en cuanto hombre, y es la conformidad de naturaleza con los demás miembros (cf. In III Sent., d. 13, q. 2, a. 1 c). La santidad del cristiano tiene un profundo carácter cristológico, no sólo porque le une a Cristo al participar de su filiación, sino por Cristo en cuanto hombre, de la gracia de Cristo deriva la gracia hacia nosotros.

Pensemos cuanto dice Gaudium et spes 22: «mediante la Encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre». Es por tanto una unión que Jesús adquiere con cada persona en la medida que ésta le acoge en su corazón. Esta verdad fomenta nuestra esperanza en Dios, de ser objeto de su Amor, de que se comporta con cada uno como el mejor Padre que imaginarse pueda. Cristo nos ha mostrado el amor del Padre y nos hace partícipes de su amor, que se adueña de nuestra capacidad de amar, y nos da una perfecta filiación en el Espíritu Santo, y con esto un amor fraterno para todos los hombres. Un amor en el que cada uno se une a Dios y en el cual los hombres son capaces de unirse entre sí. La santidad es, en suma, la perfección en el amor, sustentado por la fe y la esperanza.

De ahí los lazos inseparables entre santidad y comunión en la Iglesia, santidad y comunión con todos los hombres, cuya principal fruto es el afán apostólico. El amor de caridad, con que Cristo nos ha amado y enseñado a amar, es inseparablemente amor al Padre y, en la común filiación a El, amor a todos los hombres que no puede no incluir la preocupación por la salvación de todas las almas, pues quiere que todas se salven (omnes homines vult salvus fieri: 1 Tim 2, 4). Eso nos lleva a un apostolado, del cual la comunión entre los fieles es, por así decirlo, condición de autenticidad y primera manifestación.

**4.2. Tiempo y eternidad, soledad y compañía, tierra sagrada...** Todo en la tierra está marcado por el sello de caducidad, todo tiene un fin, y reclama la continuidad, nuestro deseo instintivo de vivir para siempre reclama la resurrección de la carne, el cielo nuevo y tierra nueva. Todo es una llamada al Creador: desde las células pequeñas hasta los grandes planetas. Vemos que abierta la mano del creador surgieron las criaturas... y todo nos llama a ser criaturas conscientes de nuestra trascendencia en el sentido de que dependemos de Dios y a Él vamos. "El hombre no puede vivir sin arrodillarse, dice Dostojevski... si rechaza a Dios, se arrodilla ante un ídolo de madera, de oro o simplemente imaginario... todos esos son ídólatras, no ateos; ídólatras es el nombre que les cuadra".

Dentro del retiro, hay que buscar esa soledad acompañada, donde entrar en contacto con Dios, que nos ofrece un camino personal (él y yo), nuestro propio camino, una orientación. Muchos pueden decir con Dante: "En medio del camino de mi vida, me encuentro en un bosque de una oscuridad " (Infierno, canto 1). Es la experiencia a la vez terrible y gozosa, de encontrarse solo, solo ante el mundo, solo ante Dios. H. Nowen, en

"Tres etapas en la vida espiritual, un proceso de búsqueda" habla de ese camino interior: "En medio de la vida turbulenta, a menudo caótica, se nos exige, en una primera etapa, calar, con honradez y la labor, en ese nuestro ser íntimo. El mismo tiempo, con enorme cuidado, en nuestro prójimo y, con una oración cada vez más profunda, en Dios " (7). La sociedad contemporánea la que nos encontramos siente agudamente en sus carnes la soledad amarga. La gente habla pero no de sus cosas íntimas, está incomunicada. Se cae en las formas de evasión de la realidad, en la intimidad puesta en venta en los mercados de los charlatanes.

Hoy necesitamos apertura, poder decir a otra persona: "Me gustaría verte", usar el lenguaje sencillo de pedir ayuda, de hablar, desvelar el deseo de estar cerca de un amigo y de ser receptivos, y curar las heridas de soledad.

Necesitamos también otro tipo de soledad, y es la creativa, el diálogo interior, la paz con nosotros mismos. A veces encontramos y oímos que una persona excepcional nos dice: "No corras. Quédate tranquilo y en silencio. Escucha atentamente tu propia lucha. La respuesta a tu pregunta está oculto en tu propio corazón". Recuerdo cuando vivía yo en Roma que un mendigo al verme correr por las calles me dijo: "¿porqué vas tan aprisa? No hace falta correr... Tómate la vida con más calma." A veces cuesta entrar en nuestra verdad interior, y nos duele enfrentarnos a nosotros mismos. Llamamos por teléfono, hablamos de aquella experiencia o de aquella corrección que nos han hecho, y que no aceptamos; de un consejo que nos han dado, que nos exige, y nos sale el banalizar aquello, al hablarlo con otra persona, buscar una voz que nos quite aquel peso, descargarlo con la excusa de otra opinión fácil. El auténtico guía espiritual es el que, en vez de indicarnos que hacer o con quién ir, nos ofrece la posibilidad de permanecer solos y arriesgarnos a estar solos. Nos hace ver que derramar pequeñas gotas de agua nuestro campo secó no remedia la sequía, pero llegaremos encontrar el pozo si acabamos profundamente bajo la superficie que nuestras lamentaciones"; aunque fracasamos seremos libres.

Juan Pablo II en el encuentro de los jóvenes de 2000, en Tor Vergata, nos decía que aún el matrimonio más encajado no puede llenarnos totalmente, que hay dentro del alma un "no sé qué", algo que sólo Dios sacia. Soledad receptiva del alma, que ansía a su Dios...: un hombre o una mujer que ha desarrollado esta soledad del corazón ya no se siente descentrado por los más divergentes estímulos del mundo que le rodea, sino que es capaz de percibir en medio del fragor del mundo un centro interior tranquilo... Quizá el consejo más importante para todos las personas que se encuentran en momentos búsqueda es el que Rainer Maria Rilke dio a un joven que le preguntó si debía escoger como vocación la literatura, y dentro de ella, la dedicación a la poesía. Rilke le dijo: "preguntas si tus versos son buenos. Me lo preguntas a mí. Antes has preguntado a otros. Has enviado tus versos a determinadas revistas. Los has comparados con otros poemas y te sientes molesto cuando ciertos editores rechazan tus esfuerzos. Ahora... te pido que te olvides de todo eso. Centras tu mirada fuera de ti mismo, algo que en estos momentos te es absolutamente nefasto. Nadie puede ni aconsejarte ni ayudarte, nadie. No hay más que un camino. Interiorizarte. Buscar los motivos que te llevan a escribir. Descubre si todo eso se enraíza en lo más profundo de tu corazón; piensa seriamente si serías capaz de morir si se te fuera negada la capacidad de escribir. Y, sobre todo, en el silencio de la noche, pregúntate a ti mismo: ¿Debo escribir? Sondea en ti mismo para tratar de encontrar la respuesta más profunda. Y si es afirmativa, si puedes responder esta pregunta, la primera de todas, con un simple *debo*, entonces construye tu vida de acuerdo con esa necesidad. Tu vida, incluso en tu ahora, que tiene todas las apariencias de ser una nadería, debe ser un testimonio de tu urgencia interior."

No importa tener interrogantes, pido con toda mi alma que seas paciente con

todo lo que no está resuelto en tu corazón y que trates de amar los interrogantes mismos. De momento no busques las respuestas que no se te pueden dar porque no vas a ser capaz de vivirlas. Lo importante es vivir todo; en este momento, los interrogantes. Quizá luego, gradualmente, sin darte cuenta, te encontrarás, un día distante, con todas las respuestas. De momento, acepta con gran confianza todo lo que te llegue, pero sólo si surge de tu propia voluntad, de una cierta necesidad de ser más tú mismo en la profundidad de tu ser” (Nowen). Vivir entonces como un niño o un santo en la inmediatez del aquí y del ahora. Thomas Merton escribía en su diario: "en la profunda soledad es donde he encontrado el sentido profundo del amor que les debo a mis hermanos. Cuando más solitario estoy, más los amo. Se trata del afecto puro y del respeto por la soledad de los demás". Podemos decir: gracias, Señor, porque soy un hombre más entre los hombres, participo en el glorioso destino de la raza humana, de sus grandezas y sus grandes burradas.

La soledad del corazón y la intimidad de la amistad dan solidez al carácter, madurez, si no hay dependencias y sentimentalismo, se vive mejor el misterio del amor que crea un espacio libre donde convertir la soledad angustiada en vidas compartidas. Se vive el respeto mutuo. Contaba Nowen de un amigo que lo visitó diciendo: “en este momento no tengo problemas, ninguna pregunta que hacer. No necesito consejo ni orientación alguna. Sencillamente quiero pasar un rato de charla distendida contigo”, lo atendió con franqueza: “nos sentamos, nos quedamos, oímos ruidos exteriores de la calle en medio de un silencio cálido, y lleno de vibraciones, con miras y sonrisas que alejaban restos de miedos y sospechas, luego él dijo: ‘da gusto estar aquí’. Y yo le comenté: ‘sí, es maravilloso encontrarnos juntos de nuevo’.

Y luego, seguimos en silencio durante un buen rato. Y a medida que los vínculos de la paz se iba haciendo más fuertes entre los dos, él dijo con un tono inseguro: ‘Cuando te miro, es como si estuviera en presencia de Cristo’.

No me sentía extrañado, sorprendido, obligado protestar. Me limité a responderle: ‘Y es el Cristo que hay que en ti el que reconoce al Cristo que hay que mi’.

Si -continuó-. Él está en medio de nosotros -y luego dijo unas palabras, que penetraron en mí alma , y que han sido las más importantes que mí se me han dicho jamás y que han contribuido a sanar mis heridas durante años-. ‘De ahora en adelante, vayas donde vayas, y vaya donde vaya, toda la tierra que no separe será tierra sagrada’.

Cuando me dejó, sentí que me había revelado lo que realmente significa la palabra *comunidad*”.

En muchas ocasiones sentimos que la presencia de los demás nos lleva a algo más alto. Ya no importa tener la presencia de las personas, porque la llevamos con nosotros, en una imagen que nos lleva más allá de las mismas personas a las que queremos: "cuando te alejas de tu amigo, no lo lamentes. Porque lo que amas más en él puede hacerse mucho más evidente, brillante en su ausencia, lo mismo que la montaña para el escalador es más visible desde la llanura" (The Prophet, 50).

**4.3. Cristo nos llama a vivir a imagen suya.** Hace poco leí la historia de un niño y su padre, que estaban caminando en las montañas. De repente, el hijo se cae, se lastima y grita: "-¡aaahh!" Para su sorpresa oye una voz repitiendo en algún lugar de la montaña: "-¡aaahh!". Con curiosidad el niño grita: "- ¿Quién está ahí?" Recibe como respuesta: "- ¿Quién está ahí?" Ya enfadado, el niño grita: "- Cobarde". Y recibe de respuesta: "- Cobarde". El niño mira a su padre y le pregunta: "- ¿Que sucede?" El padre, sonríe y le dice: "- Hijo mío, presta atención". Entonces el padre grita a la montaña: "- Te admiro". Y la voz responde: "- Te admiro". De nuevo, el hombre grita: "- Eres un campeón". Y la voz le responde: "- Eres un campeón". El niño estaba asombrado, pero no entendía. Luego, el padre le explica: "- La gente lo llama eco, pero

en realidad es la vida. Te devuelve todo lo que dices o haces".

Por eso, dicen que nuestra vida es reflejo de nuestro actuar. "Pon amor donde no hay amor y sacarás amor", decía san Juan de la Cruz. Si quiero más amor en el mundo, he de sembrarlo a mi alrededor. Si deseo la felicidad, la he de dar pues la felicidad no la adquiero con los goces sino sacrificándome por los demás, dándome por amor; por eso es algo que viene "de rebote": cuando la busco en sí misma no la encuentro, pero cuando busco la de los demás (haciendo el bien) la encuentro como el eco, "de rebote", recojo lo que siembro, viviendo aquello de que "hay más alegría en dar que en recibir". Estaré alegre cuando busco la alegría de los que me rodean. Si quiero una sonrisa en mi alma, he de sonreír a quienes tengo a mi lado, cada día. La vida me devolverá lo que he dado, como el eco.

Esto se aplica a todo en la vida: a la belleza, la verdad y la bondad. Por mucho que vayamos por el mundo buscando la belleza, no la encontraremos nunca si no la llevamos con nosotros. Sólo cuando llevamos la belleza, la vemos también en todo y en todos. Y entonces descubrimos el esplendor de la verdad. Ser auténticos, coherentes, porque sabemos lo que vale la pena. Sólo cuando llevamos la verdad la vemos en los demás. Entonces vemos que la verdad se construye haciendo el bien. A través del amor sembramos de bien el mundo; entonces vemos el bien en los demás, y sólo entonces nos hacemos buenos; si, al hacer el bien nos hacemos buenos; y también al mejorar nos hacemos capaces de conocer mejor lo que está bien, es como si el paladar hacia las cosas buenas mejorara con la virtud, tuviéramos más discernimiento. Sólo entonces estamos contentos de vivir. A veces nos ponemos gafas de sol para evitar la luz en verano; y al entrar en un túnel nos parece todo oscuro, como si las luces no alumbraran; entonces nos damos cuenta de que lo vemos todo negro porque llevamos puestas las gafas negras. Si algún día lo vemos todo negro (los demás nos molestan, están insoportables, etc.), es que tenemos la mirada turbia, la niebla está dentro de nosotros a menudo y por eso proyectamos aquella visión hacia fuera. La vida es como el eco; no exijas a la vida lo que tú no estés dispuesto a dar, es el jugo de la historia que hemos recogido al principio.

En ocasiones nos encontramos desencantados, pues no han tenido con nosotros las atenciones que esperábamos, y esa falta de cariño nos hace sentirnos solos, desconsolados, desconcertados y a veces con la sensación de quien sin saber nadar se encuentra con que no hace pie: y viene el desconcierto. Es hora de encontrar el sentido de la cruz, y de hacer un acto de generosidad, de actuar de tal modo que procuremos que a nuestro alrededor nadie pruebe esto tan amargo que hemos padecido en esa ocasión; con la experiencia de aquella experiencia procuraremos que dar a los demás eso que no hemos encontrado... Una técnica de éxito muy sencilla, pero muy poderosa, es sonreír aunque cueste. No hay cosa tan pequeña que dé resultados tan grandes, para cambiar el mundo: mira a las personas con amabilidad, con una sonrisa sincera.

Son momentos para repensar esos Ideales, ideas geniales que tenías un poco oxidadas, revivir el bautismo, como una actualización del sistema operativo. Recuerdo un chico tailandés que se bautizó con su familia, de unos 13 años, decía que sentirse hijo de Dios era algo muy hermoso, como volver a nacer, y que en su casa igual, que incluso su madre, que antes se enfadaba, ya no lo hacía. Ella, que de cerca escuchaba la conversación, se le escapó una sonrisa, y dijo: "es verdad". Cuando dijo Dios: "hágase la luz" quiso también anunciarnos la Luz del mundo, pascual, que traería Jesús, y se hizo la luz y la separó de las tinieblas. Y junto a aquel momento que creó Dios el cielo y la tierra, y la vida, las plantas y los animales, y dijo Dios: "hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza", y Dios creó al hombre y lo puso en medio del jardín del Edén, junto a estas maravillas de la creación, de la vida, está la re-creación, en Cristo, la

Redención. Y la inmensidad del universo, y el sol con sus millones de explosiones atómicas que nos ciegan, pero nos dan luz, que está a millones de km. (1 hora luz), y las estrellas a años luz, la vía láctea a millón de años luz, el parpadeo de las estrellas que forman galaxias, esa nube densa formada por multitud de puntitos; y nubes de galaxias... todo esto ha sido creado para que podamos vivir como hijos de Dios, y abrir los ojos a la luz, y ver (Mc, 10,46) como aquel ciego: “Al salir de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una gran muchedumbre, el hijo de Timeo (Bartimeo), un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino pidiendo limosna” Es joven, nos da mucha lástima. Se gana la vida pidiendo limosna, sentado ahí, junto al camino. Todos los arrieros le conocen. Con frecuencia conversan con el los pasajeros ociosos que paran a hacerle un rato de compañía. Es ciego de nacimiento (son los que desconocen la claridad de la luz eterna); y vive a oscuras, vive la noche eterna (causada por los pecados personales). “Y al oír aquel gran rumor de la gente que pasaba, preguntó: ¿qué es eso? Y cuando le dijeron: Jesús de Nazaret, se le encendió tanto el corazón en la fe de Cristo, que gritó: Iesu, fili David, miserere mei! ¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí! /Hijo mío, ¿no te dan ganas de gritar a ti, que estás también parado a la vera del camino, de ese camino de la vida que es tan corta; a ti, que te faltan luces; a ti, que necesitas más gracias para hacerte santo de verdad? ¿No te dan ganas de clamar: Iesu, fili David, miserere mei!? ¡Qué hermosa jaculatoria para que la digas muchas veces! Señor, Jesús, hijo de David, ten compasión de mí” (recordaba san Josemaría Escrivá). En la callada oración podemos oírle: "El que ama a Dios, necesariamente ama el silencio" (Thomas Merton). En el silencio podemos oír cómo pensamos, podemos oír pensar a nuestro otro yo. No es casualidad que los lugares de culto sean lugares de silencio. Así el Señor de bien seguro va a pasar muy cerca de ti, como dijo a Santa Teresa: ‘Teresa, ¡qué ganas tengo de hablar a muchas almas!, pero el mundo hace tanto ruido a su alrededor que no pueden oír mi voz; ¡ah si se apartaran un poco del clamor del mundo!’ Jesús muy interesado en decirte algo, te lo va a decir y te lo va a regalar, para no hacer mal uso y lo apreciamos no te lo dará si no te acercas y te esfuerzas un poco, Dios quiere hablarte a solas y en silencio habla Señor que tu siervo escucha ¡qué ganas! Son momentos para descubrir cosas decisivas, como decía Juan Pablo II que “la juventud es el periodo de la *comuni6n*: Los jóvenes, sean chicos o chicas, saben que tienen que vivir para los demás y con los demás, saben que su vida *tiene sentido en la medida en que se hace don gratuito para el prójimo*”. El cantante José Luís Perales declaraba: “Me siento profundamente cristiano; porque entiendo que llevando a la práctica la doctrina de Jesús de Nazaret, ese formidable provocador, la humanidad funcionaría mucho mejor. -¿Crees que Cristo era un revolucionario? -Por supuesto que era un revolucionario, y su doctrina sigue siendo revolucionaria... tengo comprobado que cuando aplico en mi vida un poco de su doctrina, sólo un poquito, me siento mucho mejor”.

Vamos descubriendo a Dios de muchos modos. Da pena ver lo desesperada que está la gente cuando no encuentra el amor, la falta de sentirse amados, que lleva a la búsqueda de la muerte o el abatimiento a tantas criaturas. Es importante saber para qué vivimos, y sabernos amados, y poder pensar en nuestra soledad: ¿Cómo estoy yo vivo? ¿Quién lo decidió? ¿Mi especie? Como tengo las cosas, como salen tantas cosas... me han dicho estas razones, pero en el fondo qué pienso?, ¿cuál es mi misión? Recuerdo de un chico que frecuentó una escuela, y luego, con los años, se suicidó. Tenía problemas de sociabilidad, quizá causado por algún defecto de tipo psicológico que sufría, que le llevaron a encerrarse en sus cosas. Antes de morir dijo a su madre: “en aquella escuela fue el único sitio donde me trataron como una persona”. Sentirse amado es muy importante, en la familia, entre amigos, necesitamos esos ambientes en los que se nos

quiere por nosotros mismos, no por lo que tenemos, que se nos quiera a pesar de todo, con nuestros defectos.

Dios nos escoge como protagonistas de la película de la vida, de la historia que hacemos día a día. Este proyecto divino está abierto a nuestra correspondencia, y a veces podemos estar dispersos, sordos a los requerimientos divinos, vaciándonos en una multiplicidad de requerimientos fatuos: "tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!" decía S. Agustín lamentándose.

Tampoco hemos de perder el tiempo lamentándonos de nuestras limitaciones, y mucho menos envidiando a otros, pues Dios nos ha querido como somos, nos dice que hace las cosas perfectas, y sería como una blasfemia decirle a Dios que hace mal las cosas, que no sabe... hemos de responder ante estas inquietudes tontas: "Yo me acepto como soy, basta que a Dios le guste como soy, me ha hecho así porque le gusta, me ama así, y lucharé para vencer en mis imperfecciones..." pues tengo las cualidades necesarias para vivir con plenitud el sentido de la vida que me ha sido dado; lo hemos dicho en la anterior meditación y ahora repetimos la idea, porque vale la pena: "Dios primero elige al hombre, en el Hijo eterno y consustancial, a participar de la filiación divina, y sólo después quiere la creación del mundo" decía Juan Pablo II. La disparatada distinción entre los que sirven y no, en el sentido de que son "útiles" en un utilitarismo nefasto, hemos de cambiarla: soy útil por existir para Dios.

Hemos de notar la mirada de Dios sobre nosotros. "Los hijos... ¡Cómo procuran comportarse dignamente cuando están delante de sus padres!

Y los hijos de Reyes, delante de su padre el Rey, ¡cómo procuran guardar la dignidad de la realeza!

Y tú... ¿no sabes que estás siempre delante del Gran Rey, tu Padre—Dios?" (Camino **265**). Nunca me sentiré solo, como dice el profeta (Is 49, 15): "¿puede una madre olvidarse del fruto de sus entrañas?" si Dios es mi padre... ¿de qué he de tener miedo? Nos irá bien hacer un poco de examen sobre estos puntos: ¿tengo realmente confianza en él? ¿Le consulto mis problemas?, ¿le comunico alegrías?, ¿siento el orgullo santo de saberme hijo de Dios?, ¿le adoro, le amo, confío totalmente en él, en su poder y sabiduría, en su bondad infinita?, ¿procuro agradecerle en todo? Es curioso como Dios nos ha dado el ser y luego se dirige a nosotros como un aspirante o modesto pretendiente a nuestro amor.

Podemos insistir aún: Basta para existir saberse el consuelo de Dios, sentirnos queridos por Él, como decía S. Agustín: "nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti", el ansia de felicidad que hay en nuestro interior se satisface con ninguna otra cosa, ya sean cosas buenas o malas, de este mundo: salud, posesiones, dinero, placer, ciencia, son como agua salada para que uno que tiene sed en pleno verano.

Dos amores construyeron dos ciudades: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor a Dios hasta el desprecio de uno mismo, la celestial. Como en 1539 la emperatriz Isabel -esposa de Carlos V- muere, va Francisco de Borja a Granada donde reposa el cadáver después de un largo viaje, aquel cuerpo que era su amor platónico está corrompido, él, marqués de Lombay, hijo del duque de Gandía, ha de identificar los restos, y que ante la reina Isabel de Portugal, dice: "no me atrevo a jurar que es quien tanto admiraba por su belleza...", por quien había batallado tanto en su amor platónico; le pregunta el obispo lo que necesita para certificar: 'Pero, finalmente, ¿reconocéis a vuestra Reina y Señora?' Él puso la mano derecha sobre la Cruz de Santiago... 'Si, lo juro., Pero también juro no más servir a señor qu se me pueda morir". Lo recuerda M. Auclair en "Vida de Santa Teresa", para indicar que nada de aquí abajo vale la pena si está a espaldas de Dios, quien quiere nuestro amor y no está

satisfecho con ninguna otra cosa. Un amor que no ha nacido para ser eterno no ha existido nunca. Dios nos llama a la santidad: “Tienes obligación de santificarte. —Tú también. —¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? / A todos, sin excepción, dijo el Señor: "Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto" (Camino, 291). Como hemos dicho antes, Dios hace las cosas perfectas, y a nosotros nos llamó a la perfección, y cuando Dios comienza una cosa la acaba (cf. Forja, 387). Hemos de procurar vivir ese presente en el que Dios nos quiere, no pensar en el mañana, que cada día tiene su afán. Hablar con Dios, que esto es oración, de nuestras cosas, alegrías y penas, lo dice Santa Teresa que es estar a solas con quien sabemos nos ama. Estar, como el campesino que se encuentra el Cura de Ars en la iglesia, le pregunta “¿qué le dices?” y él contesta: "nada, le miro y me mira". También san Josemaría en una iglesia madrileña oía el ruido de alguien que entraba con cacharros, y al verle un día le preguntó: “¿qué haces?” y él contestó: entro cada día y le digo: “Señor, aquí está Juan, el lechero”, y el santo se pasó el día diciendo: "Señor, aquí hay uno que le gustaría amarte como Juan el lechero", aprendemos de gente sencilla a hacer oración.

La Virgen tuvo esa experiencia de reservarse a Dios, sin reservas. A ella le pido: que esté dispuesto a aprovechar estos días de retiro para ver una vez más y en concreto todo lo que me pide el padre Dios, con deseo sincero de santidad personal. Pondré los metidos: recogimiento, silencio, evitar distracciones, examinado... y fruto de mantener un diálogo vivo con Jesucristo vendrán cosas maravillosas de amor de Dios, nos hará entender que no hay más amor que el Amor. El amor debe llevar a una entrega confiada en la persona amada... ser serenos, recios, sin buscar preocupaciones. Porque Dios es Dios y nos ama por encima de nuestras miserias, vamos a dejar que haga de Dios, y nosotros abandonarnos, adorarle. Dios, infinitamente amable y bueno, es quien sacia de verdad los deseos de nuestra inteligencia, sacia de amor la inquietud de nuestro corazón, y no la esclavitud del pecado, señuelo y sugestión falsa de un bien. El sensual, el adicto a las drogas... no goza del bien. “Ven y descánsate... en Dios. Y deja que Dios sea Dios... tú sólo adórale” -dice una canción-. Dios es el único bien eterno, inmutable... que satisface todos los apetitos sobrenaturales y humanos. No hay en esto egoísmo, sino razón no puramente metafísica, sino amorosa. A Dios lo vemos como en un espejo... por eso podemos dejar de amarle... por eso podemos necesitar de otras razones. Pero en el fondo del corazón, estamos destinados a compartir y convivir la vida en Dios. Dios es Amor, y nuestra vida debe ser de amor y luego ciertamente será sólo eso, amor. Pedro dice, con la fuerza del Espíritu Santo: “hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”: es capital.